

Siempre fue estrecha la relación entre el viaje y la escritura. La palabra, escrita o leída, rotura el mundo y lo abre tal y como los ojos y el cuerpo del viajero hacen con su trayecto. Los libros, qué duda cabe, suponen una extensión de la mirada y la experiencia, en cierto sentido, de la propia vida. Y es tanta y tan poderosa la carga simbólica del viaje como correlato o trasunto de la misma existencia, así en la tradición occidental como en cualquier otra, que la dificultad no estriba en comprobar la cercanía entre los tres verbos (vivir, viajar, leer) sino más bien en desentrañar dónde comienza una cosa y dónde otra.

Dentro de nuestra tradición hispánica no es casual que José Gaos, *filósofo trasterrado*, alguien que experimentó la doble soledad (la doble aventura) del pensamiento y el exilio, insistiera en la naturaleza viajera del hombre. La sed de novedades, el afán por conocer y sentir la diferencia –dejó escrito– constituía uno de los rasgos primordiales de esa *bestia cupidísima rerum novarum* que es el hombre, ese animal extraño que por hastiarse hasta se cansa de su propia felicidad¹. Sólo se puede vivir en lugares, en efecto. Y sólo puede emprenderse un vida nueva en *otros* lugares, allí donde puede operarse el sortilegio de desalojar lo viejo y volver a nacer, anhelo tal vez milenario del hombre, sin duda humanista, americano y orteguiano en la versión de nuestro filósofo, y deseo también muy actual en nuestros días –como recuerda Marc Augé en el prólogo, al recordar ese teatro que sería cómico de no ser cruel en que los unos –los turistas– parecen escapar hacia los lugares de donde los otros –los emigrantes– huyen.

Por supuesto Gaos no fue el primero ni el único en subrayar la pulsión viajera del hombre moderno. Su *homo viator*, pensado en términos atlán-

¹ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, FCE, 1973, pp. 139 y ss.

ticos y colombinos, un hombre de aires renacentistas que emprende camino en pos de una conquista intelectual y existencial, adquiere otras formulaciones y otros tonos según dónde y a manos de quién. Pensemos en otro perfil bien distinto. Walter Benjamin, retomando a Baudelaire, consagró la figura del *flâneur*, el paseante que flota entre la multitud de la ciudad como el pájaro en el aire, un hombre que ama el movimiento, el domicilio ubicuo, el anonimato de su pertenencia a ninguna parte². Aquel que sabe captar la fugacidad de la vida moderna y recuperar lo transitorio, el artista decimonónico, no es un héroe a la manera clásica. Su callejear indolente está desprovisto de épica en la medida en que ya no tiene meta. No persigue un objetivo concreto. Su historia carece de *telos*. Y sin embargo entre uno y otro convive la imagen del tránsito, el desplazamiento del sujeto por el mundo o viceversa, un movimiento continuo del que es preciso dejar cuenta y memoria.

La riqueza simbólica del viaje y las múltiples formas de expresarlo exceden con mucho las pretensiones de estas páginas introductorias. En un libro reciente Piero Boitani ha rastreado la presencia constante de la figura de Ulises en la literatura occidental³. Desde el homérico héroe del *nostos* hasta el marinero fenicio de la *Tierra baldía* de T.S. Eliot, pasando por Dante, Petrarca, Coleridge y Tennyson, el profesor romano explora las proyecciones y recreaciones de esa sombra profética, verdadero *typos* que encierra y soporta nuestro destino de seres humanos. De ahí la fascinación que siempre ejerció, su potencial poético, su asombrosa capacidad para decir y ser dicho, para prefigurar y ser transfigurado por el cristianismo y el Renacimiento, por la ciencia moderna, la Gran Bretaña victoriana o la Europa de entreguerras. Porque desde el Mediterráneo, el cuarto de la infancia donde la humanidad aprendió a jugar —según definió Conrad— hasta los mares del Sur, en los que precisamente navegó y ubicó algunas de sus novelas este otro gran trasterrado (hasta se expatrió de lengua, consumación de cualquier exilio) ha navegado sin fin el locuaz Odiseo, quien una vez cercada la redondez de la tierra se puso a sondear los abismos de su conciencia, la errancia mundana del Leopoldo Bloom de Joyce por los prosaicos laberintos de lo cotidiano.

El viaje ha conocido tantas variantes que una escueta enumeración nos arroja sobre una gama de materias y problemas demasiado ancha: peregrinación, hégira, éxodo, cruzada, descubrimiento, colonización, emigración, expedición científica, misión, utopía, *grand tour* o viaje educativo, viaje sen-

² Walter Benjamín, *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 74 y ss.

³ Piero Boitani, *La sombra de Ulises. Imágenes de un mito en la literatura occidental*, Madrid, Península, 2001.

timental, embajada, reportaje, turismo. En una pirueta, hemos logrado inventar la forma de viajar sin movernos del asiento, penúltima fantasía del hombre que aspira a todo —y rápido— a cambio de nada, un viaje sin esfuerzo, sin sufrimiento ni contacto real, sin conocimiento ni reconocimiento, el viaje que parece desplegar por el orbe entero la promesa del hombre anestesiado que retrató Anne Tyler en *El turista accidental*.

Instalado en el corazón de los poemas que fundan nuestra tradición literaria en el mundo greco-latino, vehículo por antonomasia para el conocimiento de lo otro (Oriente primero y más tarde África y América), el viaje adquirió en la Edad Media dimensiones ascéticas y continuó engrosando el imaginario de lo maravilloso, categoría central en esta materia por cuanto vincula lo extraordinario a las facultades de sorprenderse y admirar, baluartes de la curiosidad y el conocimiento⁴. La Edad Moderna vivió la eclosión del viaje hasta tal punto que fueron las empresas descubridoras y el cercamiento del orbe los que otorgaron la propia entidad de aquella era, marcada por el movimiento expansivo de Occidente, como acertaba en compendiar Adam Smith cuando aseguró, en la primera página de *La riqueza de las naciones* (1776), que los dos hechos más importantes en la historia de la humanidad habían sido el descubrimiento de América y el paso del Cabo de Buena Esperanza.

Es casi ocioso recordar la conexión que liga la ciencia moderna a la actividad viajera: la lectura del mundo —y su correspondiente transcripción— se impusieron como prácticas ineludibles para navegantes, cronistas, médicos y naturalistas de toda estirpe, el amplio abanico que se abre con autores como Gonzalo Fernández de Oviedo o José de Acosta y se cierra con perfiles como los de Humboldt y Darwin. Y también es frecuente apuntar la relación entre viajes y literatura, lo mucho que deben las formas de narración modernas a ese género misceláneo y multiforme que es el relato de viaje. Sea que miremos a las letras portuguesas, donde pronto surgen nombres como Camoens, Diego de Couto, Mendes Pinto o Garcia da Orta, sea que pensemos más tarde y más al Norte en Defoe, Swift, Diderot o Sterne, incluso al recordar el *Quijote* o el *Criticón*, no resulta difícil advertir la poderosa impronta con que la literatura de viajes ha injertado y vivificado las distintas tradiciones en géneros que van desde el poema épico hasta el ensayo humanista, y muy particularmente la novela, la expresión literaria quizás más característica con que Occidente ha representado el universo de lo humano en los tiempos modernos. Aunque queda fuera de los márgenes de esta colección

⁴ Sobre viajes en la Edad Media hay que mencionar la compilación de Rafael Beltrán (ed.), *Maravillas, peregrinaciones y utopías: Literatura de viajes en el mundo románico*, Valencia, Universitat de València, 2002.

de ensayos, centrados en literatura realista de viajes, no puede olvidarse la insistencia de la ficción a la hora de escoger el viaje como soporte narrativo de sus tramas, capítulo en el que Stevenson, Julio Verne o Melville serían sólo algunas de las referencias obligadas.

El viaje en la Edad Moderna ha contado con muchos rapsodas. Entre sus defensores se citan hombres tan variados como Montaigne, Bacon, Rousseau o Goethe. Todos ellos vieron en él una ocasión para enriquecer la experiencia y el conocimiento, con independencia de las acepciones de estos dos términos. Y tampoco faltaron quienes contestaron el tópico, las voces que se rebelaron contra el estereotipo. Dos de ellas, muy significativas, salieron precisamente de dos ámbitos tradicionalmente asociados y alimentados por la práctica viajera. Ahí está el Lévi-Strauss de los *Tristes trópicos*, cuyo alegato inicial (el célebre “odio a los viajeros”) vino a expresar un malestar de la cultura antropológica contra una de sus estrategias más características y centenarias, el cansancio de una forma de conocimiento en un mundo demasiado trillado. Si es cierto que a lo largo del siglo XX se observa un agotamiento de la modernidad en numerosos frentes, quizás pueda hablarse en este sentido también de una cierta incapacidad para descubrir y reconocer la novedad de la tierra, la diversidad de lo humano. ¿Es posible que Occidente se haya cansado ya de verse a sí mismo a través de su exotismo inventado? ¿Hemos perdido ya el interés por recorrer la tierra? Para algunos su circunferencia se ha convertido en la reiteración homogénea de las mismas cosas, los mismos paisajes, la sucesión monótona de los meridianos que conducen al mismo punto.

Así lo vieron también, lúcidos y desengañados, los ojos de Bernardo Soares, heterónimo de Fernando Pessoa y autor del *Libro del desasosiego*. Contemporáneo de Joyce, era a fin de cuentas natural de Lisboa, la ciudad que fundó Ulises. Miembro por tanto de una nación y una lengua viajeras donde las haya, el poeta que vaticinó la llegada de un *supra-Camoens* dejó escritas en su obra póstuma algunas de las más bellas páginas contra los viajes y los viajeros. Soares/Pessoa se reconocía como un individuo de gran movilidad mental y, por consiguiente, con un amor orgánico y fatal a la fijación. Abominaba la vida nueva y el lugar desconocido. Consciente de la tradicional identificación entre el viaje y la vida, resulta comprensible que quien quiso hacer la autobiografía del no-ser dijera que la idea de viajar le provocaba náuseas. Ya había visto todo lo que nunca había visto, todo cuanto todavía no había visto:

“El tedio de lo constantemente nuevo, el tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo, la semejanza absoluta entre la mezquita, el templo y la iglesia, la igualdad de la cabaña y el casti-

llo, el mismo cuerpo que es rey vestido y salvaje desnudo, la eterna concordancia de la vida consigo misma, el estancamiento de todo lo que, vivo sólo por moverse, está pasando (...) ¿Viajar? Para viajar basta con existir. Voy de día en día, como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino, asomado a las calles y a las plazas, a los gestos y a los rostros, siempre iguales y siempre diferentes como, al final, lo son todos los paisajes. Si imagino, veo. ¿Qué más hago si viajo? Sólo la debilidad extrema de la imaginación justifica que haya que desplazarse para sentir”⁵.

Pero así entendido y bien mirado, quizás el viaje no ha hecho más que colonizar otras regiones, desconocidas para el hombre moderno antes de avistar lo inconsciente y lo subreal, los dos grandes continentes que no afloraron hasta el siglo XX. Con todo, ha permanecido intacto su poder metafórico. Incluso ha ido adquiriendo otros significados, nuevos y distintos, fruto de la expansión de las débiles máquinas de conocer, sentir e imaginar que fueron siempre el cuerpo y la mente. Porque al fin nunca será el hombre lo suficientemente universal como para desdeñar la experiencia de lo ajeno, ni tampoco jamás la tierra se volverá tan idéntica como para no desear rodearla. Como para no tratar de volver a mirarla de nuevo, aunque sea con otros ojos, con otra mirada que descubra nuevos paisajes y nuevos hombres, forjadores de otros encuentros⁶.

Desde tiempos remotos, la literatura de viajes ha dado cuenta de estas y otras cuestiones. La colección de ensayos que aquí presentamos recoge algunas de ellas; lejos de pretensiones exhaustivas, la propia naturaleza de un género tentativo y exploratorio como éste nos ha alejado de cualquier voluntad o pretensión sistemática. Queríamos, simplemente, reflejar algunos de los aspectos y problemas más visibles de una narrativa prominente en nuestra tradición y que hoy goza, nuevamente, de un gran eco en librerías y editoriales, de la mano de autores que han empujado el género más allá de sus propios límites⁷. Hemos agrupado los textos en tres secciones. La primera, “Formas del Relato”, reúne preocupaciones sobre la narrativa de viajes y su tipología. Género impuro, híbrido mismo donde se conjuga lo documental y lo subjetivo, la dificultosa definición de la literatura de viajes no la hace menos interesante. Más bien al contrario, forma parte de su naturaleza mixta, fruto del doble aliento histórico y poético que dirige la voluntad del hombre por conocer el mundo y representarlo. Axel Gasquet arranca desde el *Poema de Gilgamesh* para explorar la rica y antiquísima simbología del despla-

⁵ Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, Barcelona, Seix Barral, 1997, pp. 280-281.

⁶ Marc Augé, *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 15.

⁷ James Duncan y Derek Gregory, “Introduction”, *Writes of Passage. Reading Travel Writing*, Londres, Routledge, 1999, p. 1.

zamiento como fuente de conocimiento y cometido propio del héroe, un perfil y una región donde se cruzan el destino humano y los imperativos divinos. Propone una clasificación y se adentra en los significados de los tres momentos de todo viaje: partida, tránsito y llegada. La suya es una lectura ancha desde Gasparini y la sociología de los intersticios. Recoge algunas líneas de autores tan influyentes en la crítica literaria y la sociología como Paul de Man, Baudrillard o el propio Simmel. Dialoga con Eric Leed y Fernando Cristovão, a quienes se deben importantes y recientes trabajos sobre nuestra materia. Y permanece atento a asuntos como el intercambio, la inflexión erótica del viaje, el exotismo y, por supuesto, la muerte, uno de los grandes *topos* que anida tras el relato de cualquier forma de partida o separación.

Desde la teoría literaria, Luis Alburquerque pasa revista histórica y morfológicamente a un género fronterizo que siempre anduvo caminando entre la épica, la biografía y la crónica. Detecta su presencia, camaleónica, en múltiples formas literarias y trata de fijar y poner límites a un género un tanto indomesticable. Su trabajo bascula sobre el mundo medieval, donde de la mano de López Estrada y Sofía Carrizo recupera casos como la *Embajada a Tamorlán* y discute la relación narración/descripción para cifrar en qué consiste, si es que la hay, una cierta poética del viaje. Concluye seleccionando algunas de las figuras del lenguaje y del discurso características, las que permiten hablar, más allá o por debajo del discutible género, de una indiscutible retórica a la hora de relatar el viaje. Juan Pimentel aborda el bajo crédito que merecieron los viajeros antes de que la ciencia moderna los identificara como testigos fidedignos. Es un estudio de un problema característico en historia de la ciencia, deudor de la investigación de Steven Shapin y centrado en el espinoso asunto de la representación. La asimilación de los viajeros con poetas, ladrones y mentirosos hunde sus raíces en la *Odissea* y puebla las opiniones de diferentes sabios y tratadistas a través de los siglos. Las dudas en torno a su capacidad para retratar la realidad o para recrearla, en el fondo, expresan tensiones capitales en la historia del conocimiento, las que se producen entre testimonio individual y experiencia, hechos singulares y verdades universales, lenguaje literal o literario, testimonio o autoría. En el último ensayo de esta primera parte, Elena Carrera desarrolla un trabajo clásico hoy día en el ámbito de los estudios de género. Su horizonte se mueve entre Hélène Cixous y Mary Louise Pratt, entre la escritura femenina y la escritura colonial. El caso escogido se dirige a confrontar ciertos relatos escritos por mujeres (inéditos en castellano) con las guías de Richard Ford sobre la España del siglo XIX. Cómo formularon el estereotipo de la España romántica y en qué medida su voz fue diferente constituyen los problemas donde fija su atención. Se trata de descomponer

el juego de una mirada que resulta de una doble alteridad: España desde Inglaterra y desde la mujer, una escritura femenina de un país igualmente objetivado, estetizado y pasivizado.

La segunda sección, “Visiones coloniales”, reúne otros cuatro estudios cuyo denominador común es el mundo ultramarino, un dominio inevitable a la hora de hablar de literatura de viajes hasta el punto de que podría decirse que el género es la narrativa propia de dicha experiencia histórica. Si ha habido una escritura en la que ha quedado depositada la mirada de Occidente sobre el mundo, su manera de describirlo y apropiarse de él, esa es obviamente la literatura de viajes. En este sentido, no había que acudir muy lejos para estudiar casos ampliamente representativos. América y el Norte de África, escenarios de la expansión occidental donde la participación hispana no es exclusiva pero sí destacadísima, ofrecían ejemplos suficientes para ilustrar esta sección. Alfredo Moreno realiza una pormenorizada descripción de las condiciones materiales en que se desarrolló la Carrera de Indias en la temprana Edad Moderna. Quien no las conozca, podrá saber cómo y cuánto tardaba el viaje, las penosas circunstancias de la jornada de marinos, pasajeros y polizones, la magia de un porvenir incierto y necesario. El hacinamiento y la enfermedad eran los compañeros habituales de una derrota siempre amenazada por males mayores: el asalto de los corsarios, una tempestad, el naufragio. A continuación, Manuel Lucena Giraldo indaga en una figura mayor en lo que se refiere a viajes y escritura colonial. Desde distintas ópticas, Alejandro de Humboldt ha sido señalado como forjador indiscutible de fórmulas perdurables de representar el territorio y la naturaleza del Nuevo Mundo, alguien que no sólo elevó la geografía a un estatuto científico inédito, sino que también dibujó algunas señas de identidad de las inmediatas naciones criollas. Así, se ahonda en las estrategias narrativas del prusiano para fabricar la tropicalidad americana, una categoría estética y científica cargada de implicaciones políticas por cuanto presenta el paisaje bajo la retórica colonial del espacio virgen y deshumanizado, un territorio abierto al futuro, cargado de promesas.

La relación entre posesión y producción de conocimiento también es tratada por Fernando Rodríguez Mediano. Su ensayo estudia la visión colonial española en Marruecos y la conecta con el orientalismo acuñado por Edward Said. Analiza primero diferentes testimonios de la segunda mitad del siglo XIX, procedentes de la mirada de escritores, geógrafos, diplomáticos y algún que otro aventurero, para después detenerse en la obra de Aurora Bertrana, la catalana armada con una Kodak y una pluma que en los años treinta del siglo XX quiso retratar el “alma musulmana” y la “heroica resistencia de Oriente contra Occidente”. No es casual que su trabajo comience y

concluya con *El África fantasma* de Michel Leiris. El conocimiento del otro, el tránsito hacia lo extraño, no suelen ser sino apariciones fugaces, vanos encuentros que no logran romper la decepción, el ensimismamiento y la tristeza de la incomunicación. Y de la esterilidad del viaje pasamos a la denuncia en toda regla de una práctica y una escritura que han soportado y producido las más variopintas formas de dominación de los unos –los occidentales– sobre los otros: el resto. Volvemos a América con uno de los casos más fértiles en materia de exploraciones y literatura antropológica. Tras clasificar los relatos autobiográficos de viaje a la Amazonía, desde la relación del ilustrado Rodrigues Ferreira hasta reportajes como el de Castro Caycedo o los del *National Geographic*, Antonio Pérez desmenuza dos testimonios clásicos de este verdadero subgénero, los del ingeniero neoyorquino Up de Graff y el antropólogo catalán Fericgla. El racismo, el paternalismo y la corrección política son sólo algunas de las manifestaciones arquetípicas con que los unos se muestran incapaces de ver realmente a los otros, fórmulas que nuestro autor disecciona con mucho conocimiento del tema, un saludable gesto iconoclasta y una pluma a todas luces tan venenosa como el *curare*.

La última sección del libro, “Escrituras actuales”, quiere ofrecer miradas recientes sobre un género que ha rebrotado en los últimos tiempos y que habita hoy en librerías y colecciones con renovada energía. Ahora como entonces, el género interesa. Y ahora como entonces cabalga entre escrituras mixtas, unas letras nómadas que siempre frecuentaron la pretensión del conocimiento objetivo de las realidades lejanas, el deambular del sujeto por el mundo, la construcción de un texto literario o la afición por escribir y leer lo extraño. Luis Conde-Salazar pasa revista a algunos títulos que muestran lo que en España se viaja y se lee de viajes. La advertencia de Lorenzo Silva sobre la intolerancia de la imaginación con las clasificaciones y las definiciones no le impide avanzar su propuesta, la del “viaje trufado”, con visita incluida a algunos pasajes de Cabrera Infante, Alejo Carpentier o Javier Reverte. Su texto guarda un punto de ironía, algo que nos recuerda que el sentido del humor siempre fue uno de los mejores medios para distanciarnos de nosotros mismos, esto es, para vernos mejor, con una cierta perspectiva. En el último ensayo, Pilar Rubio recupera la distinción entre narrativa y literatura, así como el concepto de *paraliteratura*. Su reflexión gira en torno al significado de los libros de viaje en un mundo con escaso margen para la sorpresa, cuando el lector tiene casi siempre un cierto conocimiento real de lo desconocido. A partir de referencias a Walter Benjamin y Susan Sontag, nuestra autora se pregunta por el papel jugado por la imagen y la fotografía, más que instrumentos, escrituras mismas de la tierra y sus hombres en nuestro tiempo. No le faltan razones para señalar a Paul Theroux y Bru-

ce Chatwin como los dos autores que revitalizaron el género. Ambos supieron jugar de nuevo con la ambigüedad de lo real y lo imaginario. Al sugerir la extrañeza de lo uno y la mundanidad de lo segundo, supieron conectar con nuestra sensibilidad, abriendo así nuevas regiones a una escritura que nunca dejó de acompañarnos.

No sería justo terminar sin agradecer su ayuda y apoyo a todos aquellos que colaboraron con nosotros: José Manuel Prieto Bernabé, Carlos Martínez Shaw, Marina Alfonso Mola, Rafael Valladares, Carlos García Romeral, Clara López Beltrán, Manuela Marín, Pedro Páramo, Amalia Montes, Inés Giraldo Gómez, José Checa, Luis Albuquerque y Luis Carandell, que desgraciadamente no está ya entre nosotros. Marc Augé escribió el prólogo; sus enseñanzas son las que cabía esperar de un viajero aventajado.

Juan Pimentel y Manuel Lucena Giraldo